

Sofisma y realidad del paradigma democrático exterior estadounidense, una aproximación

Fallacy and reality in the democratic US foreign policy pattern

Ignacio de la Rasilla del Moral

Diplomado en Relaciones Internacionales, Universidad de Ginebra, Suiza

Fecha de recepción: Julio 2004

Fecha de aceptación: Noviembre 2004

“La democracia es el único interés nacional que ayuda a asegurar el resto de intereses nacionales” Departamento de Estado ¹

“La libertad que queremos para el mundo no es el regalo de América al mundo, sino el regalo de Dios a la Humanidad” G.W.Bush ²

PALABRAS CLAVES: paz democrática, realismo, excepcionalismo, liberalismo, Doctrina Bush.

KEY WORDS: democratic peace (pax democratica), realism, exceptionalism, liberalism, Bush Doctrine.

Abstract. Taking the main assumptions of the Realist school of thought and the theory of the democratic peace as its starting point, this paper attempts to provide the reader with a better understanding of the rationale behind the “American foreign democratic paradigm”. In trying to discern sophism from reality in this respect, the author retraces the evolution of “neo-wilsonianism” from the “Reagan doctrine” to the present “Bush doctrine”. As a result of this inquiry, the myth of the American exceptionalism sees itself confronted with the cold realities of the balance of power, the war against terrorism and several other economic and political shaping forces. Idealism aside, the pragmatic rationale behind the American democracy promotion strategy will eventually lead us to conclude that this bi-partisan trend will persist in the years to come.

Resumen. Tomando como punto de partida las principales asunciones del realismo político y de la teoría de la paz democrática este trabajo se propone arrojar cierta luz sobre las razones que se hallan tras el “paradigma exterior democrático estadounidense”. Con el objeto de discernir entre sofisma y realidad al respecto, el autor retraza la evolución del neo-wilsonianismo desde los años de la “doctrina Reagan” hasta la actual “Doctrina Bush”. Como resultado de este análisis, el mito del excepcionalismo estadounidense se verá confrontado a las frías realidades del equilibrio del poder, la guerra contra el terrorismo y otros factores de orden económico y político que subyacen a este aspecto central de la política exterior estadounidense contemporánea. Idealismos aparte, el pragmatismo que subyace a la estrategia de promoción internacional de la democracia nos llevará a concluir que esta corriente bi-partidaria persistirá en el futuro.

Introducción

La actual insistencia en el compromiso activo con la promoción internacional de la democracia³ por parte de la Administración estadounidense denota la existencia de lo que metafóricamente denominaremos una pirámide enterrada. El principio de la pirámide enterrada se deriva de la reiteración constante por parte de un Jefe de Estado y /o de gobierno de un objetivo final con el que pretende que su acción exterior sea identificada. En nuestro papel de metafóricos excavadores no entraremos a valorar si el fin de promover la extensión de la democracia a nivel internacional justifica los medios empleados o cualesquiera otros a emplear en el futuro por los Estados Unidos y sus aliados. No es esa la cuestión. Más interesante es que nos detengamos a analizar la justificación propia o alegada de tal fin.

Para ello debemos empezar situándonos en el escenario de las relaciones internaciona-

les y en concreto, allí donde nos emplaza la teoría del realismo político. La perspectiva realista resulta ineludible porque continúa siendo el paradigma tradicional de la disciplina a nivel teórico a comienzos del siglo XXI. Las raíces de esta visión penetran tan profundamente en el campo de las relaciones internacionales y es tan enorme su influencia en la toma de decisiones que arrancarlas equivaldría a deformar completamente el actual paisaje que contemplamos.

Sobre la base de la existencia (aunque admitir ésta suponga incurrir en cierto “presentismo”⁴) de tradiciones épicas del pensamiento internacional⁵ en el origen de los actuales paradigmas, encontramos trazada una tradición del realismo político que se inicia en Tucídides (400 a.C), continua con Maquiavelo (XVI), Hobbes (XVII), Hume (XVIII), Von Clausewitz (XIX), llega y se define de forma elocuente en Hans Morgenthau (padre del realismo “clásico” o “biológico”) (1948, *“Política entre las naciones”*)

y culmina en Kenneth Waltz (1979, “*Teoría de la Política internacional*”) principal figura del realismo estructural o neo-realismo actual. Esta presumible larga tradición no es óbice, sin embargo, para que el realismo político se defina a sí mismo, menos como una teoría unificada, que como un programa de investigación fundado sobre una serie de asunciones básicas a partir de las cuales surgen un conjunto de teorías y conclusiones con denominación realista de origen.

El núcleo cognitivo común a estas diferentes visiones realistas puede enunciarse en los siguientes términos: El sistema internacional contemporáneo, compuesto por Estados soberanos, es anárquico por no existir una autoridad superior al propio Estado, actor principal y unitario, además de “racional” de dicho sistema. El sistema internacional es inherentemente competitivo en la medida en que los Estados están obligados a contar únicamente consigo mismos para defenderse frente a potenciales amenazas provenientes del exterior. La actuación de los Estados está invariablemente atrapada en un círculo vicioso de competitividad por la obtención de mayor poder y seguridad.

Desde esta perspectiva elemental, el análisis del compromiso activo con la promoción internacional de la democracia por parte del Estado más poderoso del planeta aparece, a priori, sospechoso. Aparentemente, dicho compromiso no responde a la lógica de una escuela de pensamiento que considera que la esencia de la política internacional estriba en la lucha por el poder, clave de la supervivencia estatal, en un

escenario regido por las ineluctables leyes del darwinismo político internacional. Y, sin embargo, no existe contradicción alguna porque, a principios del siglo XXI, ningún análisis de la política internacional puede escapar a este trasfondo. Es en este marco en el que debemos buscar una lógica argumental al alegado fin estadounidense.

La teoría de la paz democrática

La promoción internacional de la democracia, buque insignia del internacionalismo democrático liberal estadounidense, también conocido como wilsonianismo, es parte esencial del paradigma exterior de los Estados Unidos de América. La que ha sido denominada “la contribución más original e importante de Estados Unidos a la historia internacional del siglo XX”⁶, encuentra una justificación a su medida en la ausencia, por el momento, de guerras entre Estados democráticos, que es, “lo más parecido - apunta J. S. Levy⁷ - que tenemos a una ley empírica en las relaciones internacionales”. La llamada ley de Doyle⁸, que sostiene que los Estados democráticos es-

La llamada ley de Doyle, que sostiene que los Estados democráticos están, por definición, incapacitados para hacerse la guerra mutuamente, encuentra su insigne precursor en el conspicuo ensayo kantiano de la “Paz Perpetua” y un impulso contemporáneo decisivo en el controvertido artículo de F. Fukuyama

tán, por definición, incapacitados para hacerse la guerra mutuamente, encuentra su insigne precursor en el conspicuo ensayo kantiano de la “Paz Perpetua” y un impulso contemporáneo decisivo en el controvertido artículo de F. Fukuyama, para quien la “universalización de la democracia liberal occidental constituye la forma definitiva del gobierno humano”⁹.

Aunque en el campo de estudio de las relaciones internacionales, la teoría de la paz democrática –las diádas democráticas son más pacíficas que otros tipos de diádas¹⁰– no se tradujo en un programa de investigación coherente hasta mediados de los años 80¹¹, desde entonces un importante número de exposiciones doctrinales alternativas han surgido a fin de explicar esta regularidad empírica. Entre las más destacadas cabe mencionar, en primer lugar, el modelo de la cultura y normatividad democráticas¹², que extiende la costumbre del respeto a nivel interno de las normas de resolución pacífica de conflictos a las relaciones entre Estados democráticos, sobre la base de la percepción de una identidad común entre sus sistemas políticos. En segundo término, el modelo de sujeción institucional,¹³ que destaca la importancia del principio de división de poder y el papel de la prensa independiente como instituciones que impiden la adopción inmediata de acciones militares por parte del poder ejecutivo y determinan que el político deba asegurarse de la existencia de un amplio apoyo popular antes de adoptar una decisión de alto riesgo electoral. Por último, conviene asimismo mencionar el modelo de transparencia institucional,¹⁴ que per-

mite a la otra parte valorar el grado de apoyo político y popular con el que cuenta el gobierno de un Estado democrático y, de este modo, anticipar el grado de firmeza de su posición respecto al motivo de la crisis, evitando así el riesgo de que una percepción errónea del grado de resolución del adversario redunde en una indeseada escalada armada.

Dicho esto, no deben olvidarse algunas de las críticas avanzadas frente al carácter axiomático –de mera obviedad la califica B. R. Barber¹⁵– que se ha querido otorgar a esta teoría, mera tesis para otros¹⁶. Dichas críticas pueden clasificarse en dos grupos principales. El primero de ellos, aunque minoritario, estaría compuesto por aquellos autores que niegan la veracidad del dato empírico en sí sobre la base de casos históricos que contradicen dicha regularidad, como la Guerra anglo-estadounidense de 1812 o la Guerra hispano-americana de 1898. Dentro de este mismo grupo deben enmarcarse, asimismo, aquellas contribuciones que señalan la existencia de formas de guerra “sucias” entre democracias que, sin embargo, no quedan recogidas a nivel estadístico como guerras en sentido estricto; Así, en lo que parece constituir un caso paradigmático, la participación de los servicios secretos norteamericanos en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en 1973¹⁷.

El segundo grupo de críticas está compuesto por aquellas contribuciones que aceptan la proposición empírica pero no pasan de acordarle un mero valor factual que en nada presupone su pervivencia en el futu-

ro. Así, entre ellas, cabe mencionar que: A) Las democracias han sido demasiado escasas en número, hasta muy recientemente, como para confirmar estadísticamente esta conclusión.¹⁸ B) Las democracias existentes estuvieron, hasta el final de la Guerra Fría, aliadas en un frente común contra la Unión Soviética.¹⁹ C) La paz democrática no puede eliminar la rivalidad entre democracias liberales; el hecho de que esta rivalidad adopte un carácter militar en el futuro frente al de mera competición económica dependerá de la percepción de la amenaza.²⁰ D) Si las democracias difieren excesivamente en el grado, fuerza o nivel de profundización de su democracia, la paz entre ellas no está asegurada.²¹ E) E. Todd da una vuelta de tuerca a la consideración anterior al señalar que paradójicamente el paso a nuevo estadio de oligarquía post-democrática anula la aplicación en los Estados Unidos de la ley de Doyle respecto de las consecuencias inherentemente pacificadoras de la democracia.²² F) Por su parte, K. Waltz, fundador del realismo estructural, afirma que la tesis de la paz democrática sólo podría verificarse si todas las causas de la guerra residiesen en el interior de los Estados pero dado que las causas de la guerra residen también en el carácter anárquico del sistema internacional, sólo un cambio en la estructura del mismo - algo que ni siquiera la democratización de todos los Estados del planeta conseguiría- podría asegurar el mantenimiento de la paz en el sistema.²³ G) Otro realista, R. Schweller, esta vez enmarcado en una corriente denominada realismo motivacional, apunta, en tanto que talón de Aquiles de la teoría de la paz democrática, que si bien los con-

ceptos de democracia y Estado prospero y desarrollado han ido hasta recientemente de la mano, esta ecuación no debe hacer nos esperar que, en el futuro, una ciudadanía pobre (buena parte de la cual continúa luchando por la supervivencia) se sienta satisfecha únicamente por vivir bajo un sistema democrático.²⁴

Aunque no es nuestra intención adoptar posición alguna respecto de dicha controversia, no queremos dejar pasar la ocasión sin señalar la pertinencia de retener las críticas apuntadas en séptimo y cuarto lugar. En todo caso, teoría irrefutada por la experiencia histórica o mera tesis, nos interesa, principalmente, destacar la existencia de gran número de declaraciones que evidencian la “apropiación” de la teoría de la paz democrática por parte de la Administración estadounidense desde comienzos de la década de los 90.²⁵

Neo-wilsonianismo

Aunque para los más acérrimos partidarios del wilsonianismo, cuya idea de fondo puede leerse “conforme más se asemeje el mundo a América, más segura estará América en el mundo”²⁶, dicha escuela de pensamiento no nació con la tantas veces citada frase del presidente Wilson²⁷, sino que se remonta a una asentada corriente de internacionalismo filantrópico en la que destaca el movimiento misionero estadounidense (un poderoso lobby *avant la lettre* que usaba su influencia para promover lo que en términos actuales se equipararía a un compromiso con la promoción de los derechos humanos en el mundo en desarrollo²⁸) lo cierto es que la consagración

definitiva de la promoción de la democracia (“uno de los tres pilares, junto a una economía mundial basada en el principio de libre mercado y el establecimiento de instituciones internacionales, de la concepción wilsoniana de seguridad nacional, definida como “orden liberal mundial”, en tanto que elemento del paradigma exterior estadounidense) no se produce, salvedad hecha del “infierno de las buenas intenciones”²⁹ de la política de promoción de los derechos humanos del presidente Carter, hasta la década de los 80.

En efecto, las dos prioridades³⁰ en política exterior de la Administración Reagan: retomar la iniciativa estratégica frente al que definió como “el Imperio del Mal” y reforzar la seguridad militar de los Estados Unidos –recuérdese la “Guerra de las galaxias”– entendidas como dúo que se reforzaba mutuamente, dejaron también cierto espacio a la política de promoción de la democracia durante su mandato. De hecho,

Hoy, inmersos en la era post II-S, cuando los españoles aún nos entristecemos al recordar a las víctimas de los atentados de Madrid y el perfil de nuestra memoria guarda todavía intacta la cosecha de estos últimos farragosos tiempos de guerras en Irak y en Afganistán, la Guerra Fría parece pertenecer a un tiempo remoto y parcialmente olvidado

ha podido afirmarse, no sin generalmente resaltar la ironía³¹ de deber aseverar tal cosa, que R.Reagan fue “el más wilsoniano de los presidentes estadounidenses desde Wilson”³² por intentar llevar el wilsonianismo a su máxima expresión³³, promoviendo activamente la democracia, mediante la intervención armada por la causa de la democracia y los derechos humanos a favor de los insurgentes anti-comunistas o “luchadores por la libertad” –entre ellos O. Ben Laden³⁴– en lugares como Afganistán, Angola y Nicaragua. A pesar de que esta doctrina de “policía moral internacional”³⁵ fuese rechazada en términos claros por el Tribunal Internacional de Justicia en el asunto Nicaragua (1986), esta muestra de “excepcionalismo” americano –aunque predominantemente evocado durante el siglo XX por los presidentes demócratas– ha tenido desde entonces un empleo bipartidista. Una buena muestra de ello es el progresivo auge de lo que en 1983 constituyó el primer gran paso hacia el establecimiento de un amplio programa de promoción de la democracia a nivel internacional, destinado a sustituir a las operaciones encubiertas llevadas a cabo por los servicios secretos estadounidenses³⁶.

Sin embargo, es preciso destacar que el wilsonianismo del presidente Reagan fue fundamentalmente un arma en la estrategia de asertivo anti-comunismo que caracterizó su presidencia (de hecho, dicha política fue combinada con una política de oposición a los movimientos democráticos dondequiera que éstos se opusiesen a los intereses estadounidenses; quizás los más obvios ejemplos, hayan de buscarse en

América Latina³⁷⁾ mientras que en el caso de G. Bush y, sobre todo, de W. Clinton, como veremos a continuación, la promoción de la democracia pasa a convertirse en la clave declarativa por excelencia del paradigma exterior estadounidense en el marco del diseño de un nuevo orden internacional tras la Guerra Fría.

El neo-wilsonianismo en los años 90

A) La administración Bush y el resurgir del excepcionalismo

Hoy, inmersos en la era post 11-S, cuando los españoles aún nos entristecemos al recordar a las víctimas de los atentados de Madrid y el perfil de nuestra memoria guarda todavía intacta la cosecha de estos últimos farragosos tiempos de guerras en Irak y en Afganistán, la Guerra Fría parece pertenecer a un tiempo remoto y parcialmente olvidado. Sin embargo, aunque se cumplen 15 años, en noviembre de 2004, de la caída del muro de Berlín y su recuerdo parece querer escaparse de nuestra memoria personal en pos de la historicidad... a principios de 1989 el futuro todavía era” un puerta abierta a una estancia llamada el mañana”³⁸⁾, un mañana que para muchos se anunciaba bajo un sol democrático.

Dos factores principales contribuyeron a que la *ciudad sobre la colina* decidiese iluminar con la máxima potencia disponible *el faro de la democracia* como emblema de su política exterior durante la década de los 90. Sin duda, el detonante del renacer del espíritu wilsoniano fue la caída de los regímenes comunistas de Centro y Este de Europa; la “conditio sine qua

non” de que, como señala T.Smith, fuera posible superar la extendida predilección, hasta finales de la década de los 80, entre los especialistas en relaciones internacionales, de tildar la política de promoción de la democracia norteamericana de “moralismo”, “idealismo” o “utopismo”³⁹⁾. La segunda gran causa de que la promoción de la democracia fuese progresivamente ocupando el centro del paradigma exterior estadounidense, tras el final de la Guerra Fría, fue la constatación de que los problemas transnacionales fundados en la interdependencia global no podían ser ya resueltos aplicando la vieja receta del equilibrio de poder. La página web del departamento de Estado estadounidense sintetiza este punto de vista:

“La democracia es el único interés nacional que ayuda a asegurar el resto de intereses nacionales. Las naciones gobernadas por gobiernos democráticos tienden a asegurar la paz, evitar la agresión, extender el mercado libre, promover el desarrollo económico, combatir el terrorismo y el crimen internacional, sostener los derechos humanos y de los trabajadores, evitar crisis humanitarias y oleadas de refugiados, mejorar el medio ambiente y proteger la salud pública”⁴⁰⁾.

Las líneas maestras de la política exterior de G.Bush y de W.Clinton evidenciarán la progresiva transición de uno a otro “rational” democrático conforme avanza la década de los 90. Una transición que hubiera resultado acaso más evidente si el progresivo empeoramiento de la situación en la Ex-Yugoslavia no hubiese contribuido a recordarnos el lóbrego canto de la caverna

nacionalista y de la violencia étnica en el intestino de Europa.

Aunque el paradigma exterior democrático durante la administración de G.Bush estuvo inicialmente marcado por una cierta dosis de pasiva prudencia ante las indiscernibles consecuencias del progresivo desmoronamiento del sistema comunista, la aplicación de la tradicional estrategia de conversión democrática del adversario, que ya se demostrase altamente efectiva tras la segunda Guerra Mundial en los casos de Japón y Alemania, no tardó en ocupar el más alto lugar en la agenda exterior estadounidense. Si adoptásemos una perspectiva ideal, podría sostenerse que liberados de la necesidad de adaptar los medios (que en no pocas ocasiones les pusieron “del lado de los opresores y contra la voluntad

El excepcionalismo americano, del cual la protección y extensión de la democracia es uno de los máximos exponentes, constituye una para-ideología que contiene la cristalización de una serie de ideas interrelacionadas que explican el mundo y el lugar de los Estados Unidos en él. Tal es el poder de sugestión de dicho fenómeno cultural que ha podido afirmarse que “Los americanos no abrazan ninguna ideología en concreto porque América es una ideología.

de los pueblos”⁴¹) de su política exterior a su interés estratégico por excelencia tras la Guerra Fría (contener la expansión del comunismo) durante la Guerra Fría, los Estados Unidos pudieron, por fin, reordenar dichos medios a la consecución “de unos fines persistentes sostenidos por unos valores inmutables”⁴². Valores inmutables –aquellos “sobre los que la nación americana fue explícitamente fundada”⁴³– que son la raíz misma del hecho diferencial o “excepcionalismo” estadounidense sintetizado por J.J. Kirkpatrick como “la convicción de que los Estados Unidos tienen una misión moral que emana de su identidad y que debe guiar sus políticas”⁴⁴. O dicho de otro modo, y siempre conforme a esta visión ideal, vencedores, por tercera vez consecutiva en la historia, de la transformación radical del orden mundial, los Estados Unidos de América se apresuraron (como ya hiciera el mismo Wilson en 1918 e intentarían asimismo hacer mediante “la promoción de una versión renovada del wilsonianismo”⁴⁵, F.D. Roosevelt y H.Truman tras la segunda Guerra Mundial) a retomar el testigo de su misión en el mundo, y ello porque “América no puede ser ella misma si no se compromete con un alto principio moral”⁴⁶. La vital importancia del concepto de “excepcionalismo” estadounidense para la comprensión de la política de promoción de la democracia aconseja que realicemos un breve paréntesis en el desarrollo cronológico que venimos desarrollando.

El papel que desempeña el “excepcionalismo americano” en la formación de la política exterior estadounidense es, como señala acertadamente McEvoy-Levy⁴⁷, el

de ser un “sincretizador de valores y estrategias con amplias funciones de construcción comunitaria”. Dicho de otro modo, el excepcionalismo americano, del cual la protección y extensión de la democracia es uno de los máximos exponentes, constituye una para-ideología que contiene la cristalización de una serie de ideas interrelacionadas que explican el mundo y el lugar de los Estados Unidos en él. Tal es el poder de sugestión de dicho fenómeno cultural que ha podido afirmarse que “Los americanos no abrazan ninguna ideología en concreto porque América es una ideología”⁴⁸. El excepcionalismo, que forma parte de la retórica de una diplomacia pública, especialmente diseñada para el consumo mediático, tiene su origen en la visión puritana del nuevo mundo como “una ciudad sobre la colina” y en las declaraciones de los “padres fundadores”, como las del propio G. Washington cuando exhortaba a la nueva república en 1796 “A dar a la humanidad el magnánimo y novedoso ejemplo de un pueblo guiado por exaltación de la justicia y la benevolencia”⁴⁹.

A pesar de los dos siglos transcurridos, pocos negarán que sigue viva la creencia de que una fuerza sagrada y misteriosa continua latiendo en el espíritu que encarna el gobierno americano. Una fuerza que, convenientemente para él y también para el resto del mundo, personifica una exigencia histórica del desarrollo político de la comunidad humana en el planeta Tierra; algo que Alexis de Tocqueville denominó “el avance providencial de la democracia”. Esta asunción continúa reflejando una percepción muy extendida a pesar de que, desde una

Pocos negarán que sigue viva la creencia de que una fuerza sagrada y misteriosa continua latiendo en el espíritu que encarna el gobierno americano. Una fuerza que, convenientemente para él y también para el resto del mundo, personifica una exigencia histórica del desarrollo político de la comunidad humana en el planeta Tierra.

perspectiva histórica, el compromiso estadounidense con la democracia no salga excesivamente bien parado del debate en torno a las tres cuestiones⁵⁰ (“de la consistencia, de las contradicciones y de su utilización como mera tapadera”), o aunque el análisis de la práctica de la política exterior americana evidencie que ésta siempre ha tendido a favorecer la defensa y extensión del capitalismo liberal sobre la promoción de cualesquiera ethos democrático⁵¹. Lo padezcamos de forma activa o pasiva o en mayor o menor medida, este peculiar “síndrome americano de Dorian Gray” forma parte de la conciencia colectiva de la Humanidad. En este sentido, resulta de agradecer la ironía, a la vez feroz y refrescante, de W. Blum : “Este libro podría haberse titulado *Los asesinos en serie con sierras mecánicas de bebés y las mujeres que los aman*. Dichas mujeres no creen realmente que sus queridos hombres puedan hacer algo así, incluso aunque se les enseñe una cadera cortada o un torso sin cabeza. O si llegan a creerlo, “saben en el fondo de sí mismas que su querido chico tenía la mejor de las intenciones; debe haber sucedido al-

gún tipo de desafortunado accidente, debe existir una buena explicación; de hecho, lo más probable, es que fuera un acto humanitario”⁵².

Tradicionalmente el fenómeno del moralismo estadounidense en los asuntos mundiales ha sido explicado como resultante de la combinación de la singular religiosidad de sus habitantes y de su aislamiento geográfico. Aunque sería apresurado descartar como desfasadas estas explicaciones, sobre todo la relativa a la religiosidad⁵³ del pueblo estadounidense (evidenciada en declaraciones memorables como ésta de su actual Presidente: “Sin el poder de la oración, yo estaría ahora en un bar de Tejas y no en la Casa Blanca”) ambas parecen converger en la actualidad en la importancia de la auto-imagen que, aunque situada en rango de importancia por debajo del poder o el interés nacional, influye directamente en el modo en que la nación norteamericana moviliza y legitima su poder⁵⁴.

Aunque la actual política exterior de G. Bush hijo haya determinado la irrupción, a nivel doméstico, de una corriente crítica que señala que “los americanos estamos en guerra con nuestras propias ideas”⁵⁵ o que hace hincapié en el carácter contradictorio de la religión civil estadounidense y denuncia “el Complejo del Capitán América”⁵⁶ que padece la nación norteamericana, George Bush padre no se enfrentó con una oposición similar a principios de los años 90. Estábamos entonces asistiendo al nacimiento de lo que, desde posiciones aislacionistas, se denominaba una nueva utopía⁵⁷ según la cual los Estados Unidos

tenían tanto el derecho como la obligación de promover la democracia allí donde pudiesen.

Sin embargo, a pesar del frecuente empleo de una retórica pro-democrática en sus discursos, la realidad de su mandato estuvo inicialmente marcada por la necesidad de ajustar su labor a la tarea de sentar las bases de la post-guerra fría en Europa en aspectos tales como la unificación de Alemania o la amenaza de proliferación nuclear en las antiguas repúblicas soviéticas. En este sentido, fue la imprevista invasión iraquí de Kuwait y la subsiguiente guerra del Golfo Pérsico las que crearon la oportunidad de perfilar el designio americano en la nueva era, permitiéndole contestar a aquellos críticos que señalaban su falta de visión y enunciar, paradójicamente un 11 de septiembre, el celebre discurso del “nuevo orden mundial”; un nuevo orden mundial que debía caracterizarse “por ser un mundo en el que el imperio de la ley suplantaría a la ley de la jungla, un mundo en el que las naciones reconocían la responsabilidad conjunta por alcanzar la paz y la justicia, un mundo en el que el fuerte respetaría los derechos del débil”⁵⁸. Por encima de la retórica, se ha señalado que el elemento novedoso del nuevo orden era la voluntad sin precedentes de parte de Estados Unidos de trabajar dentro de los límites de la comunidad internacional⁵⁹. Esta voluntad multilateralista, que adopta la forma de coaliciones militares ad hoc operando bajo la autoridad de organizaciones internacionales, volvería a evidenciarse, tras el éxito de la operación “Tormenta del Desierto” autorizada por la resolución 678 (1990) del Consejo de se-

guridad de Naciones Unidas, en la operación “Restablecimiento de la Esperanza” en Somalia⁶⁰, autorizada por la Resolución 794 (1992) del Consejo de Seguridad, que constituyó la más amplia operación militar realizada desde el exterior en África desde la 2ª Guerra Mundial. A la intervención estadounidense en Somalia, heredada por la Administración Clinton, se debe añadir la operación “Causa Justa” llevada a cabo en Panamá en 1989 y el ataque aéreo –como nos recuerda M.Kohen⁶¹– contra fuerzas rebeldes en Filipinas, a petición del gobierno de Corazón Aquino en diciembre de 1989, para completar así el balance intervencionista de la Administración Bush. El propio Bush condensaría dicha experiencia en la doctrina militar que lleva su nombre, enunciada en las postrimerías de su mandato: “A pesar de nuestra voluntad de actuar en concierto y cuando sea posible en el marco de UN o de otra agrupación multinacional, el deseo de apoyo internacional no debe convertirse en un pre-requisito de la acción, a veces una gran potencia tiene que actuar sola.”⁶².

B) La administración Clinton y “la edad de oro” del paradigma exterior democrático estadounidense.

La administración Clinton, en el poder desde enero de 1993, heredará esta voluntad multilateralista que siempre deja una puerta abierta al unilateralismo. El propio W.Clinton la sintetizará en una fórmula ya avanzada durante su campaña electoral: “Nunca abandonaremos nuestra prerrogativa de actuar unilateralmente cuando nuestro interés vital esté en juego. Nuestra divisa en esta nueva era será: juntos cuan-

do podamos, por nuestra cuenta cuando debamos”.⁶³ M. Albright, sexagésimo cuarto Secretario de Estado, en sustitución de W.Christopher, a partir de 1997, acuñará el término “multilateralismo asertivo” para referirse al deseo de la Administración estadounidense de mejorar su relación con Naciones Unidas y con otras organizaciones internacionales. Entre los principales “logros” de este compromiso deben mencionarse la ratificación del Tratado de la Organización Mundial del Comercio así como la decisión de intervenir militarmente bajo el mando de la OTAN en Bosnia en 1994 y en Kosovo en 1999. Sin embargo, como señala M.Pollack,⁶⁴ a pesar de sus declaradas intenciones multilateralistas, la Administración Clinton hallará numerosos obstáculos (un Pentágono reluctante a aceptar restricciones multilateralmente impuestas sobre el margen de maniobra militar estadounidense, un Congreso de mayoría republicana desde 1994, el procedimiento de “impeachment” dirigido contra el presidente a resultas del escándalo Lewinsky...) conforme avance su mandato, que resultarán en la decisión de no firmar el Tratado sobre Minas Anti-persona, en la no-Ratificación del Tratado sobre Prohibición de Ensayos Nucleares o la decisión de no ratificar el Protocolo de Kyoto, entre otros. En este sentido, la política ultra-unilateralista de George W. Bush, a la que tendremos ocasión de referirnos, encontrará el terreno abonado.

Sin embargo, más allá de la malograda voluntad multilateralista de su Administración, la llegada a la presidencia de W.Clinton, para quién⁶⁵ se iniciaba “una

nueva era de peligros y de democracias liberales”⁶⁶, marcará el comienzo de la edad de oro del paradigma exterior democrático estadounidense. Llegado al poder con una ambiciosa agenda para la reforma interna de la sociedad norteamericana fundamentalmente centrada en el aspecto económico y consciente tanto de la necesidad de dar respuesta a los retos internacionales planteados por el la post Guerra Fría como de evitar que una aventurada política exterior jugase en su contra a nivel domestico, la Administración Clinton optó por proclamar su compromiso con la estrategia de la “ampliación democrática”⁶⁷. A pesar de que esta propuesta fue recibida con un amplio criticismo por lo que algunos consideraban la gran oportunidad perdida para lograr la necesaria transición entre la “doctrina de contención” y algo más apropiado al contexto de la post-guerra fría⁶⁸, la Administración defendió con firmeza el paradigma exterior democrático estadounidense. Entre la panoplia de argumentos recurrentemente mencionados destacan la ya analizada teoría de la paz democrática, la constatación empírica de la gran extensión de la democracia que se había producido en los últimos años (en lo que pasaría a ser conocido como “la tercera ola democrática”⁶⁹) consideraciones de seguridad y estabilidad internacionales, especialmente en países en transición como Ucrania y Rusia, y, entre otras razones basadas en la creciente interdependencia que un “poder global con intereses globales”⁷⁰ debía atender, la amenaza del terrorismo internacional.⁷¹

Sin embargo, sería un error confundir al primer presidente estadounidense tras la

Guerra Fría con el “cruzado de la democracia” que él mismo nunca pretendió ser. En efecto, la estrategia de “ampliación democrática se anunció ya desde los primeros albores como una política que siempre estaría “temperada por la prudencia y el sentido común”⁷². Esta aproximación pragmática quedaría evidenciada en tres planos conexos.

En primer término, en su propio limitado campo de proyección que eliminaba, por razones de seguridad y grandes presiones de orden económico, a países como China (que mantendrá su status de nación más favorecida) y a otras “economías emergentes” en Asia, así como a países decisivos en el suministro de petróleo proveniente de Oriente Medio como Arabia Saudita.

En segunda instancia, en su propia aplicación práctica, ya que tras el revés de la “Operación Restablecimiento de la Esperanza”⁷³ en Somalia a finales de 1993, que hizo planear la sombra del “síndrome de Vietnam”⁷⁴ sobre la Administración Clinton, y las complicaciones que rodearon la “Operación Sostenimiento de la Democracia”⁷⁵ en Haití en 1994, la genuina orientación de la primera Administración Clinton denominada “nuevo intervencionismo”⁷⁶, y a la que sus críticos bautizaron como “política exterior como labor social”⁷⁷, pasará a transformarse en una estrategia de ad-hocismo, pragmatismo⁷⁸ y compromiso selectivo en sus intervenciones. Así, por ejemplo, los ataques contra Sudan y Afganistán, en respuesta a los atentados terroristas de Al-Qaeda contra las embajadas de Dar-Es-Salam y Nairobi, se produjeron el 20 de

agosto de 1998, inmediatamente después del testimonio del presidente ante el gran jurado en el caso Lewinsky. Asimismo el presidente ordenó la “Operación Zorro del Desierto” contra Iraq en represalia por su resistencia a las inspecciones de la ONU⁷⁹, precisamente en la víspera de la votación de su “impeachment” en el Congreso.

En tercer lugar, en la intrínseca relación de la estrategia de “ampliación de la democracia”⁸⁰ con el tercero de los pilares de la concepción wilsoniana de seguridad nacional: la extensión del libre mercado en beneficio de los intereses económicos estadounidenses. La terminología utilizada por la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense de 1996 no deja lugar a la duda, “Nuestra seguridad nacional está basada en ampliar la comunidad de *democracias de mercado*”⁸¹. Ello no resulta sorprendente ya que ambos conceptos forman parte indisoluble del mismo paradigma. Un paradigma al que A. J. Bacevich denomina “estrategia de la apertura global” y cuyo objetivo final no sería otro que “la creación de un orden internacional integrado y abierto basado en los principios del capitalismo democrático en el que los Estados Unidos de América desempeñarían el papel de garantes últimos del orden y el derecho”⁸².

Es interesante resaltar cómo esta última pretensión se conjuga a la perfección con la teoría económico-internacional de la estabilidad hegemónica⁸³ en la medida en que el compromiso estadounidense con la extensión de la democracia beneficia, como bien colectivo, al resto de potencias, transformadas en “free-riders”, tolerantes

ante los puntuales abusos del poder hegemónico, y refrena las futuras aspiraciones a ocupar la posición que los Estados Unidos actualmente ostentan en el escenario internacional. Así, de acuerdo con esta visión, la promoción de la democracia aparece como la más poderosa arma ideológica del más realista por ser, asimismo, el más poderoso Estado del planeta: un “juggernaut del liberalismo”⁸⁴ que de la democracia no pretende hacer sino la compañera del imperio. Esta “ideología globalista”⁸⁵, que otros prefieren denominar “imperialismo económico”⁸⁶, de la Administración del primer presidente desde Truman que iniciaba su mandato sin afrontar la amenaza directa de una posible guerra nuclear, se encuentra en plena consonancia con el hecho de que, libres de amenazas serias a la seguridad nacional, los intereses comerciales comenzarán a ejercer una “influencia sin precedentes sobre la política exterior estadounidense”⁸⁷, en una época de boom económico⁸⁸ marcada por el optimismo derivado de la extensión de Internet y los milagros de la “nueva economía”. Nótese, en este sentido, cómo la percepción de una nueva gran amenaza, en este caso la del terrorismo islámico desde el 11-S, ha determinado una nueva superposición del componente militarista sobre el estrictamente comercial personificada por la Estrategia de Seguridad Nacional de la Administración Bush.

C) La revolución Bush

En el marco de lo que algunos califican como la puesta en marcha de “una revolución en la política exterior estadounidense”⁸⁹, la política de promoción de la democracia por parte de Estados Unidos

ha adquirido una nueva dimensión bajo la actual administración Bush. Esta nueva dimensión se refleja en varios planos interconectados que pueden, sin embargo, ser clasificados en sentido amplio en dos grupos principales. El primero de estos grupos, fundamentalmente continuista, englobaría aquellas medidas de paulatina profundización en las líneas estratégicas diseñadas tras el final de la guerra fría que se corresponden principalmente con la realización del programa liberal de protección y extensión de la comunidad de democracias. En él podemos incluir:

1) El considerable aumento en el plano presupuestario canalizado a través de la denominada “Cuenta del Desafío del Milenio”, establecida en marzo 2002 y presentada como una nueva estrategia en la política de cooperación al desarrollo, que asocia los recursos en función del grado de compromiso de los gobiernos a los que se dirige con la reforma económica y política⁹⁰. Sin embargo la cifra de cinco mil millones de dólares resulta irrisoria si se la compara con los trescientos noventa y seis mil millones de dólares aprobados para el presupuesto de defensa del año fiscal 2004, equivalente al resultado de combinar los presupuestos de los siguientes 27 Estados que mas gastan en defensa del planeta⁹¹.

2) La puesta en marcha, en el plano diplomático, de la iniciativa de la denominada “Comunidad de Democracias”, un foro que reúne a aquellas naciones comprometidas con la promoción y reforzamiento de la democracia en el mundo. Compuesto por más de 100 Estados reunidos en Varsovia

el 27 de junio de 2000, de donde emanó la Declaración final de Varsovia que recoge sus principios y los criterios de participación y en Seúl, del 10 al 12 de noviembre de 2002, de donde emanó el Plan de Acción de Seúl.

3) La unánime aprobación por el Senado norteamericano, en el plano diplomático-militar, en 2003, de la ampliación de la OTAN a nueve nuevos Estados. Basta poner en relación la ya vista iniciativa de la comunidad de democracias con esta “familia de democracias transatlánticas” para percibir el germen de una poderosísima fuente de legitimidad internacional a medio plazo para aquel o aquellos Estados que desearan utilizarla de cara a la opinión pública mundial. Habida cuenta de la demostrada ineficacia del sistema de seguridad previsto en la Carta, la progresiva constitución, en los próximos lustros, de una organización mundial únicamente compuesta por Estados democráticos, que fuese paulatinamente invadiendo competencias propias de la actual Organización de Naciones Unidas, bien podía formar parte del designio mundial estadounidense en el marco de una nueva era caracterizada, como señala K. Kaiser, “por la tensión entre el dominio estadounidense y la interdependencia global”⁹².

Junto a este primer grupo compuesto por medidas de paulatina profundización de realización del programa liberal de protección y extensión de la comunidad de democracias en el marco de las líneas estratégicas diseñadas tras el final de la Guerra Fría, hallamos un segundo grupo de medidas y

actitudes que marcan una ruptura con la política de la anterior administración.

En primer lugar, el énfasis puesto en la creación de un equilibrio del poder que favorezca la democracia y que asegure que los efectos pacificadores de la democracia se manifiestan realmente⁹³. Esta asociación entre promoción de la democracia y equilibrio de poder en la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense no resulta sorprendente si se adopta la perspectiva de la tendencia histórica al re-equilibrio multilateral de poder. Aunque aún será preciso esperar entre dos o tres décadas para que el equilibrio de poder que caracterizó las relaciones internacionales entre la paz de Westfalia y la II Guerra Mundial se restablezca⁹⁴, hasta el más patriótico comentarista de las política exterior estadounidense es consciente de la inevitabilidad (basta pensar en el potencial de China, Rusia, India y la UE) histórica de dicho re-equilibrio.

Henos ante una razón que parece planear por encima de la sospecha de sofisma que

La progresiva constitución, en los próximos lustros, de una organización mundial únicamente compuesta por Estados democráticos, que fuese paulatinamente invadiendo competencias propias de la actual Organización de Naciones Unidas, bien podía formar parte del designio mundial estadounidense.

rodea a la estrategia de promoción internacional de la democracia por parte de Estados Unidos; una razón de fondo que permite arrojar cierta luz sobre el hecho de que aunque, hoy por hoy, los Estados Unidos de América disfrutaban de su “momento unipolar”⁹⁵, y en tanto que “superpotencia por excelencia, única, completa e incontestada”⁹⁶ poseen carta blanca para aplicar su paradigma exterior, éste contenga el objetivo de extensión internacional de la democracia como elemento esencial del mismo. Así, lo que muchos perciben como una estrategia de extensión imperial, es asimismo, desde una perspectiva realista, el largo proceso de suscripción de un “seguro de vida” dirigido a neutralizar los efectos negativos para Estados Unidos del inevitable restablecimiento del re-equilibrio multipolar a medio plazo. La amplia indiferencia de las elites estadounidenses ante la creciente pérdida del “poder blando” que tanto preocupa a J. Nye⁹⁷, acuñador del término, parece confirmar la decisión largamente meditada de evitar que nada haya de interponerse entre ellos y lo que constituye para G. W. Bush el “momento de oportunidad para América”⁹⁸ de preparar el terreno antes de que el re-equilibrio del poder internacional imponga la necesidad de transigir y negociar con otras potencias a este respecto. Esta corriente, que ha recibido el nombre de “nuevo unilateralismo”⁹⁹, se apoya sobre la nebulosa amenaza que el terrorismo, los “Estados canallas”, los “Estados en descomposición” y las armas de destrucción masiva plantean a la seguridad nacional para sostener que los Estados Unidos deben escapar de las limitaciones inherentes al marco institucional creado

tras la II Guerra Mundial. Este “nuevo unilateralismo” esta compuesto, como señala J. Nye¹⁰⁰, por la alianza de dos facciones: los “Unilateralistas Jacksonianos” (que hacen hincapié en el poder militar) y los neo-conservadores “Wilsonianos de Derechas” o “Wilsonianos duros”¹⁰¹ que aunque comprometidos con la promoción de la democracia, sustituyen el original énfasis Wilsoniano en las instituciones por la constitución de alianzas “à la carte” en función de la misión a realizar.

El sentido aumento del grado de amenaza a la seguridad nacional se ha superpuesto desde el 11-S, con su tectónico impacto sobre la política exterior estadounidense, a la expansión de los intereses comerciales estadounidenses. El “imperialismo económico” de la Administración Clinton aparece provisionalmente reemplazado por un “imperialismo militar” de lucha contra el terror, que se caracteriza, en la mejor tradición del excepcionalismo estadounidense -como señala J.Y. Haine- por “una aproximación maniquea a la definición del enemigo, una interpretación global de la amenaza, una perspectiva ideológica en enmarcar el desafío y un celo misionero en completar su nueva misión haciendo hincapié en la preeminencia del poder, de la tecnología y de la guerra como soluciones a los nuevos dilemas de seguridad”¹⁰². Todo lo anterior no es obstáculo, sin embargo, para que la sola mención de la noción de principio moral que encontramos en la Estrategia de Seguridad Nacional del presidente G. W. Bush de septiembre 2002 sea la siguiente: “El concepto de libre comercio surgió como un principio moral antes incluso de conver-

tirse en un pilar de la economía”¹⁰³. Y es que a buen entendedor...

Conclusión

En resumen, una circunstancial convergencia de intereses entre diferentes clases o grupos se ha producido en torno al paradigma exterior democrático estadounidense: Algunos abrazan la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos como fines deseables en si mismos, otros lo ven como un medio de extender y proteger los negocios y los mercados y otros ven en ello ventajas indirectas para la seguridad nacional y el control de las alianzas. En definitiva, puede afirmarse que se ha llegado a un consenso en la literatura especializada en torno a la conveniencia de completar el viejo adagio latino atribuido a Julio Cesar “Si vis pacem, para bellum”, que hoy se leería: “si quieres paz, prepara la guerra y...extiende la democracia”.

Aunque es imposible predecir en qué medida la actual constelación de intereses políticos que, como nos recuerda G.P.Hastedt¹⁰⁴, se sitúa tras la aparente coherencia del concepto de “interés nacional”, permanecerá en una posición de preeminencia en los próximos años; resulta innegable que la percepción de la estrategia de extensión democrática está firmemente arraigada en el paradigma exterior estadounidense y, que como tal subyace asimismo en la “doctrina Bush” o doctrina de la “defensa anticipatorio-preventiva”¹⁰⁵. Ello es evidente si se la considera en el marco de la estrategia de preparación del tablero de juego para un irremediable futuro multilateralismo – recuérdense los tres

tableros de ajedrez en los que se desarrolla la agenda política mundial de acuerdo con la metáfora de J.Nye¹⁰⁶ - como instrumento de aplicación práctica de la formula “cambio de régimen”¹⁰⁷, convertida en mantra la Administración Bush. El extraordinario aumento del número de Estados democráticos producido en las últimas décadas (frente a los 30 Estados democráticos en 1974 su número es hoy de 121 Estados democráticos sobre un total de 193¹⁰⁸) y su comparación con el Estado de la democracia en los países musulmanes (11 de los 47 países con mayoría musulmana poseen gobiernos democráticamente elegidos

(23%) frente a los 110 de los 145 Estados no musulmanes (76%) no siendo ninguno de los 16 Estados árabes una democracia electoral¹⁰⁹) unido a la identificación de estos Estados con el problema del terrorismo internacional hacen presagiar que el argumento de la promoción internacional de la democracia, incluida su vertiente coercitiva (véase la Guerra de Irak como primer paso del designio neo-conservador¹¹⁰ de democratizar el Oriente Medio) que ha caracterizado a la actual Administración Bush, hallará seguros continuadores en las declaraciones de los futuros Presidentes de los Estados Unidos de América.

N o t a s

¹ <http://www.state.gov/g/drl/democ/>

² G.W.Bush, State of the Union Address, 28 January 2003 citado en Melandri, P. “L’unilatéralisme, stade suprême de l’exceptionnalisme?” en *Le Debat*, novembre- décembre, 2003, numéro 127. pp.21-45

³ Término no equivalente al de “promoción de la democracia internacional o de la democracia global. Véase Lucena Cid, Isabel V. “Democracia global: presupuestos y perspectivas” en Soriano R, Alarcón C. y Mora.J.J (Eds) *Repensar la democracia*. Aconcagua Libros 2004. pp.109-38

⁴ El presentismo se define como “la tendencia a enfatizar ciertos principios de progreso en el pasado para construir una historia que es la ratificación cuando no la glorificación del presente” Butterfield, H. *The Whig Interpretation of History*. London: G. Bell and Sons (1959)

⁵ Schmidt, Brian, C. “On the History and Historiography of International Relations”. In Carlsnaes, W, Rise. T. and Simmons B.A. (Eds) *Handbook of International Relations*. Sage

Publications, 2002 pp. 3-22.

⁶ Smith, Tony. *America’s Mission: the USA and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century*, Princeton University Press, 1994,

⁷ Levy, Jack S. “The Causes of War: a Review of Theories and Evidence” In *Behavior, Society and Nuclear War*, vol 1. New York: Oxford University Press, 1989.

⁸ Todd, Emmanuel, *Après l’Empire: Essai sur la Décomposition du Système Américain*. Editions Gallimard, 2002

⁹ Fukuyama, Francis “The End of History?” *The National Interest* 16 (Summer 1989)

¹⁰ Morrow, J.D “International Conflict: Assessing the Democratic Peace and Offense-Defense Theory” in *Political Science, The State of the Discipline*, Norton and Cia. 2002 pp.172-196

¹¹ Levy, J.S “War and Peace” in Carlsnaes, W, Rise. T. and Simmons B.A. (Eds) *Handbook of International Relations*. Sage Publications, 2002 pp. 350-368

¹² Russett, Bruce and Oneal John R. *Triangulating*

Peace: Democracy, Interdependence, and International Organization. New York: W.W.Norton, 2001

¹³ Siverson, Randolph M. "Democracies and War participation: In Defense of the Institutional Constraints Argument", *European Journal of International Relations*, 1 (4) (1995)pp.481-9

¹⁴ Schultz, Kenneth A."Domestic Opposition and Signaling in International Crises", *American Political Science Review*, 92 (4) (1998) pp.829-844

¹⁵ Barber, B.R. *Fear's Empire.* W.W.Norton & Company. New York / London, 2003

¹⁶ K.Waltz. *Structural Realism after the Cold War*, *International Security* 25 (2000): 5-41

¹⁷ S.Smith cita las que califica, con gran ironía, como las "inmortales" palabras de H.Kissinger tras conocer la elección del presidente Allende en 1970: "No veo porqué hemos de quedarnos con los brazos cruzados mientras un país se vuelve comunista por la irresponsabilidad de su propia gente"Smith, Steve "Democracy Promotion: critical questions" in *American Democracy Promotion* Ed. Cox, M, Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford University Press, 2000. pp.66

¹⁸ Spiro, David, "The Insignificance of the Liberal Peace", *International Security*, 19/2 (1994) pp.50-87

¹⁹ Gowa, Joanne, "Democratic States and International Disputes", *International Organization* 49/3 (1995), pp.511-523

²⁰ Nau, Henry, "America's Identity, Democracy Promotion and National Interests: Beyond Realism, Beyond Idealism" in *American Democracy Promotion* Ed. Cox, M, Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford University Press, 2000. pp.127-148

²¹ Snyder, Jack "Democratization and the Danger of War", *International Security*,20/1 (1995)pp.5-39

²² Todd. E. *ibid.* p.30

²³ K.Waltz. *Ibid.* p.10

²⁴ Schweller, R.L "US Democracy Promotion: Realist Reflections" in *American Democracy Promotion*

Ed. Cox, M, Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford University Press, 2000. pp.41-62

²⁵ De entre las muchas muestras existentes bástenos citar a título de ejemplo la siguiente "Finalmente, la mejor estrategia para asegurar nuestra seguridad y construir una paz duradera es la apoyar el avance de la democracia en todas las partes del mundo. Las democracias no se atacan mutuamente y son mejores socios comerciales y diplomáticos" President Clinton's State of the Union Adress, 1994. Referencias similares -antes de convertirse en un lugar común de las declaraciones presidenciales- pueden encontrarse en los Discursos sobre el Estado de la Unión de 1990,1991 y 1992 (Bush) y 1994,1995 y 1996 (Clinton)

²⁶ Agnew, John, "The Limits of Federalism in Transnacional Democracy" in *Transnacional Democracy.* Ed. by James Anderson. Routledge, 2002. pp. 56-71

²⁷ "The world must be made safe for democracy" W.Wilson, "Adress to Congress", *Congressional Record*, December 7, 1915,p.96

²⁸ Mead, Walter Russell. *Special Providence.* A Century Foundation Book. Alfred A.Knopf, New York, 2001

²⁹ Hoffman, S. *Requiem*, *Foreign Policy*, (42) (1981)pp. 3-26 citado en Hastedt, G.P *American Foreign Policy: Past, Present and Future.* Prentice Hall, 5ªEd. 2003

³⁰ Cyr, A.I *After the Cold War, American Foreign Policy, Europe and Asia.* New York University Press, 2000. p.40

³¹ Ikenberry,J.G. "America's Liberal Grand Strategy" in *American Democracy Promotion* Ed. Cox, M, Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford University Press, 2000. pp. 103-126

³² Hastedt .G.P. *American Foreign Policy: Past, Present and Future.* Upper Saddle River. 5th ed. 2003. p.44

³³ Kegley,Ch.W and Wittkopf E.R.*American Foreign Policy, Pattern and Process*" St. Martin's Press ,1996. p.67

³⁴ Paradójica inversión del conocido dicho con el que se inician la mayor parte de reflexiones doctrinales sobre la dificultad de obtener una

definición jurídica comúnmente aceptada de “terrorismo internacional”. La frase en cuestión no es otra que la bien conocida “Today’s terrorist is tomorrow’s freedom fighter”: “El terrorista de hoy es el luchador por la libertad de mañana”. Véase: Sorel, J.M., “Existe-t-il une définition universelle de terrorisme?” in Bannelier et al. (eds), *Le droit international face au terrorisme* (Paris, 2002), pp.35-68

³⁵ Kolb, Robert, *Ius contra bellum: le droit international relatif au maintien de la paix* Helbing & Lichtenhahn / Bruylant, 2003. p. 33. La doctrina Reagan de seguridad colectiva llegó a sostener que “el apoyo a los luchadores por la libertad es legítima defensa” Address before a Joint Session of the Congress on the State of the Union, 6 February 1985, citado en Kohen, M.G. “The use of force by the United States after the end of the cold war, and its impact on international law” in Byers, Michael and Nolte, George (Eds) *United States Hegemony and the Foundations of International Law* Cambridge University Press, 2003, p.199.

³⁶ Una crítica radical de las actividades de (NED) entendida como “organización que hace exactamente lo contrario de lo que su nombre implica” puede encontrarse en: Blum, William, *Rogue State, A Guide to World’s Only Superpower*. Zed Books. Updated edition 2002. pp.179-183

³⁷ Gills B. and Rocamora, J, “Low intensity democracy”, *Third World Quarterly*, 13/3 (1992) pp. 501-523

³⁸ G.Bush, citado en Schonberg, Karl K. *Pursuing the National Interest: Moments of Transition in Twentieth Century American Foreign Policy*. Ed. Praeger, 2003. p.176

³⁹ Smith, Tony “National Security Liberalism and American Foreign Policy” in *American Democracy Promotion* Ed. Cox, M, Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford University Press, 2000. pp.86-102

⁴⁰ <http://www.state.gov/g/drl/democ/>

⁴¹ Kegley, Charles W. and Wittkopf, Eugene R. *American Foreign Policy: Pattern and Process*. St. Martin’s Press, New York, 1996. p.74

⁴² Kegley, Charles W. and Wittkopf, Eugene R. Ibid.

⁴³ Kegley, Charles W. and Wittkopf, Eugene R. Ibid.

⁴⁴ J.J. Kirkpatrick U.S. Ambassador to the United Nations, 1984.

⁴⁵ Smith, Tony. Ibid.

⁴⁶ G.Bush Sr Inaugural Address. *American Foreign Policy: Current Documents* (GPO,1990); January 20, 1989, p.4.

⁴⁷ McEvoy-Levy Siobhán, *American Exceptionalism and US Foreign Policy, Public Diplomacy at the End of the Cold War*, Palgrave, 2001. p.21

⁴⁸ Hofstadter citado Lipset M.S, *American Exceptionalism: a Double-Edged Sword*. New York, Norton, 1997. p.18

⁴⁹ Washington, George. Farewell Address, 1796.

⁵⁰ Jentleson, B.W. Ibid. p. 86

⁵¹ Agnew, John. Ibid. p.

⁵² Blum, William, *Rogue State, A Guide to World’s Only Superpower* Zed Books. Updated edition 2002. p.1 La formulación inglesa es “Serial Chain-Saw Baby Killers and the Women Who Loved Them”

⁵³ Véase: Richet, Isabelle “La religion influence-t-elle la politique étrangère aux Etats Unis?” en *Le Debat*, novembre- décembre, 2003, numéro 127. pp.46-62

⁵⁴ Nau, Henry. Ibid. p.128

⁵⁵ Hirsh, M. *At War with Ourselves: Why America is Squandering its Chance to Build a Better World*. Oxford University Press, 2003. p.163

⁵⁶ Jewett, R and Lawrence, J.S *Captain America and the Crusade Against Evil: the Dilemma of Zealous Nationalism*. William B. Eerdmans Publishing Company, 2003.

⁵⁷ Simes, D.K. “America’s Imperial Dilemma” in *Foreign Affairs*, Vol.82 N° 6 November/ December 2003. pp.91-103

⁵⁸ Bush, G. *Speech before a joint session of Congress on September 11, 1990*, citado en Lake (2005).

⁵⁹ Lake, D.A. *Entangling Relations: American*

Foreign Policy in its Century, Princeton University Press, 1999, p. 205

⁶⁰ Veáse Lake, D.A. Ibid, pp. 211-217

⁶¹ Kohen, M. G., *The use of force by the United States after the end of the cold war, and its impact on international law* in M.Byers and Nolte, G. *United States Hegemony and the Foundations of International Law*. p.197-231

⁶² Bush, G., *Remarks at West Point Military Academy on 5 January 1993*, citado en Kohen, M.G. Ibid.p.199

⁶³ W. Clinton citado en Sigal, L.V. "The Last Cold War Election", *Foreign Affairs*, Vol.71, Nº5 (1992) pp.1-16 at p.7 Esta fórmula se irá perfilando estilísticamente hasta adoptar su forma final: "Multilateralistas cuando podamos, unilateralistas cuando debamos". Insistimos sobre ella porque sale a relucir con gran frecuencia, como contrapunto de la política del presidente G. W. Bush, que parece adoptar la política inversa.

⁶⁴ Pollack. M.A. "Unilateral America, multilateral Europe?" in *Europe, America, Bush: Transatlantic relations in the 21st Century*. Ed. by Peterson. J. and Pollack M., Routledge,2003. pp. 115-127 at 122.

⁶⁵ Kegley, Charles W. and Wittkopf, Eugene R. *American Foreign Policy: Pattern and Process*. St. Martin's Press, New York, 6th Edition, 1996. p.72

⁶⁶ William Clinton, September 27, 1993 ; citado en Smith, Tony., *America's Mission: the USA and the Worldwide Struggle for Democracy in the Twentieth Century*, Princeton University Press, 1994. p. 311

⁶⁷ La utilización del término "enlargement of democracies" es claramente indicativa de la voluntad de asociarse al requisito democrático para la aceptación de nuevos miembros en el marco de la ampliación "enlargement of the UE" de la Unión Europea a los países del Centro y Este de Europa.

⁶⁸ Cox, M. "Democracy Promotion Under Clinton" in *American Democracy Promotion* Ed. Cox, M., Ikenberry, J.G. and Inoguchi, T. Oxford

University Press, 2000. pp. 218-239 at 225

⁶⁹ Huntington, S., *The Third Wave of Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman, University of Oklahoma Press, 1992. p. 58

⁷⁰ Madeleine K. Albright, "The United States and the United Nations: Confrontation or Consensus?" reprinted in *Vital Speeches of the Day*, Vol. 61, No. 12 (April 1, 1995), pp. 354-58; citado en Schonberg, K.K. *Pursuing the National Interest: Moments of Transition in 20th American Foreign Policy.*, Praeger Publishers, 2003. p. 180

⁷¹ El argumento de lucha contra el terrorismo irá ganando terreno en la agenda estadounidense conforme avance la década de los 90. A la altura de 1998, podemos considerar que ya se encuentra plenamente establecido. Albright, Madeleine, "The Testing of American Foreign Policy. *Foreign Affairs*, 1999. pp. 50-64

⁷² Governor W. Clinton, *Democracy in America*, speech delivered at the University of Milwaukee, Wisconsin, 1 October 1992, citado en Cox. Ibid., p. 228

⁷³ Lake, D. A., *Entangling Relations: American Foreign Policy in its Century*. Princeton University Press, 1999. pp. 211-217

⁷⁴ McCrisken, T. B. *American Exceptionalism and the Legacy of Vietnam*. Palgrave Macmillan, 2003, pp. 166-169. también en Haine, J.Y "The Imperial Moment: An European View" *Cambridge Review of International Affairs*, Volume 16, Nº 3, October 2003. pp. 483-509 at 491,

⁷⁵ Melanson, R.A. *American Foreign Policy since the Vietnam war: the Search of Consensus from Nixon to Clinton*. M.E.Sharpe, Inc 2000. pp.250-253

⁷⁶ Stedman, S. J. "The New interventionists", *Foreign Affairs*, Vol. 72, Nº 1, 2003. pp. 1-17

⁷⁷ Hames, T., *Foreign Policy*" in *The Clinton Presidency: the First Term, 1992-96*. Ed. by Herrnsen, P. S. and Hill D. M., MacMillan Press, 1999 , pp. 126-141 at 134.

⁷⁸ Para un interesante análisis de las diversas connotaciones del término pragmatismo en relación con la política exterior estadounidense

del presidente Clinton véase: Crabb, C. V., Saredidine L.E. & Antizzo.G.J., *Charting a Diplomatic New Course: Alternatives Approaches to America's Post-Cold War Foreign Policy*. Louisiana State University Press, 2001, pp. 124-129

⁷⁹ McCrisken, T. B., *Ibid.*, p. 181

⁸⁰ La utilización del término “enlargement of democracies” es claramente indicativa de la voluntad de asociarse al requisito democrático para la aceptación de nuevos miembros en el marco de la ampliación “enlargement of the UE” de la Unión Europea a los países del Centro y Este de Europa.

⁸¹ White House, “National Security Strategy of Engagement and Enlargement” (February, 1996), pp.2-7. <http://www.fas.org/spp/military/docops/national/1996stra.htm>

⁸² Bacevich, Andrew. J., *Ibid.*

⁸³ Cohen, B. J. “International Finance” in W. Carlsnaes, Th.. Risse and B.A Simmons (eds) *Handbook of International Relations*. Sage Publications, 2002. pp. 429-447.

⁸⁴ Andrew J. Bacevich, *op.cit.*, p.33

⁸⁵ Shefter, M. “War, Trade and U.S. Foreign Policy” in *Shaped by War and Trade: International Influences on American Political Development*. Eds. Katznelson, I. and Shefter, M., Princeton University Press, 2002, pp.113-132 at p.129

⁸⁶ Chalmers, J., *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy and the End of the Republic*. Metropolitan Books, Henry Holt and Company, LLC, 2004, p. 257

⁸⁷ Shefter, M., “War, Trade and U.S. Foreign Policy”, *ob. cit.*, pp. 113-132 at p. 128.

⁸⁸ Jenkins, Ph. *A History of the United States*, Ed. Palgrave, 2003, p. 303

⁸⁹ Daalder I. H. and Lindsay, *America Unbound: the Bush Revolution in Foreign Policy*. J. M. Brooking Institution Pres, Washington, 2003, p.2

⁹⁰ Radelet, S, “Bush and Foreign Aid”, *Foreign Affairs*, Vol. 82, N° 5, September / October 2003, pp. 104-118

⁹¹ *Sorrows of Empire*, *ob. cit.*, p.306-307

⁹² Kaiser, K. “The New World Order” in *Internationale Politik* (Transatlantic Edition), German Council of Foreign Affairs, volume 4, summer, 2 /2003, pp. 3-9

⁹³ Jentleson, B. W., *American Foreign Policy: The dynamics of Choice in the 21st Century*. W. W. Norton and Cia., 2nd Edition, 2004. p. 568

⁹⁴ Kegley Ch. W. (Jr) and Wittkopf, E. R., *World Politics : Trend and Transformation*. Thomson Learning, Inc. 2004. p.122 ; citando entre otros a Kissinger, H. , *Diplomacy*, New York : Simon and Schuster, 1994.

⁹⁵ El ganador del premio Pulitzer, Charles Krauthammer, acuñó el término en un artículo publicado en 1991 Krauthammer, Ch., “The Unipolar Moment,” *Foreign Affairs*, 70, No. 1, 1991, pp. 23-33. Es interesante señalar cómo el inicial “momento unipolar” se ha convertido de acuerdo con el mismo autor en la “era unipolar”. Krauthammer, Ch., “The Unipolar Era” in *The Imperial Tense*, ed. por Bacevich, A. J. , Ivan R. Reed, 2003, pp. 47-65.

⁹⁶ Garcin, Thierry, *Les grandes questions internacionales depuis la chute du mur de Berlin* Ed.Economica, 2001, p.71

⁹⁷ Nye, Joseph. S (Jr) “*The paradox of American Power: Why the World's Only Superpower can't Go it Alone*” Oxford University Press, 2002

⁹⁸ The National Security Strategy of the United States of America, 2002.

⁹⁹ Krauthammer, Ch. “The Unipolar Era” , *ob. cit.*, pp. 47-65.

¹⁰⁰ Nye, J.S. (Jr), “U.S. Power and Strategy After Iraq” *Foreing Affairs*, Vol. 82, N °4, July-August, 2003, pp. 60-74

¹⁰¹ Max Boot, citado en *Sorrows of Empire*, p. 70

¹⁰² Haine, J. Y. “The Imperial Moment: An European View” *Cambrige Review of International Affairs* Volume 16, N°3, October 2003. pp. 483-509 at 483.

¹⁰³ The National Security Strategy of the United States of America, 2002, p. 18

¹⁰⁴ Hastedt, G. P., *American Foreign Policy:*

Past, Present, Future. 5th edition. Pearson Education, Inc., 2003. p. 409. El último capítulo de esta obra (pp. 409-422) presenta la posición futura de Estados Unidos en relación al resto del mundo a través del prisma de nueve escenarios alternativos. Me limitaré a mencionarlos: 1) América como Estado ordinario 2) América reformada 3) América como manager global 4) América pragmática 5) Neo-contención 6) América triunfante 7) América como cruzada 8) América equilibradora 9) América no comprometida.

¹⁰⁵ Véase Kegley, Charles W., Raymond, Gregory A. y De la Rasilla, I., "Intervención preventiva y transformación del orden jurídico internacional" en *El nuevo orden americano: ¿La muerte del derecho?*, Soriano, R. y Mora, J. J., (eds.), Editorial Almuzara, 2005

¹⁰⁶ Nye mantiene que la agenda de la política mundial se asemeja a una partida de ajedrez tridimensional en el que es necesario jugar tanto horizontalmente como verticalmente para ganar. El tablero superior se consagra a las clásicas relaciones militares entre Estados. En el tablero intermedio se juega la partida de los intereses económicos interestatales. El tercer tablero refleja el estado de los temas transnacionales. Nye concluye que, dado que sólo en el primer tablero USA ostenta el poder hegemónico, siendo el segundo multipolar y el tercero esencialmente caótico, no tiene sentido alguno hablar de un mundo unipolar o de un imperio americano. Nye, J. S. (Jr), "U.S. Power and Strategy After Iraq", *Foreign Affairs*, Vol. 82, Nº 4, July/August, 2003, pp. 60-74. A aquellos interesados en observar la evolución de la terminología metafórico-académica les agradará saber que Nye utilizaba la imagen de "un pastel relleno de tres capas" para reflejar la misma idea en 1992. Nye, J. S (Jr), "What new World Order?", *Foreign Affairs*, Vol. 71, Nº 2, 1992, pp. 88-96 at 83.

¹⁰⁷ Newhouse, J. *Imperial America: The Bush Assault on the World Order.*, A. A.Knopf, New York, 2003, p. 6

¹⁰⁸ Harvey, Robert, *Global Disorder, America and the Threat of World Conflict*. Carroll and Graf Publishers. New Cork, 2003.

¹⁰⁹ Documento Estratégico 2002 de la Fundación Nacional por la Democracia (NED) <http://www.ned.org/publications/documents/strategy2002.html>

¹¹⁰ Véase Debat, Alexis "Vol au-dessus d'un nid de faucons" *Politique Internationale*, Nº 99, Printemps, 2003, p. 19. Véase asimismo la página web del think-tank neo-conservador: <http://www.newamericancentury.org>.